

TEXTOS

AGRESION A UN PAIS NEUTRAL: CONVERSACIONES ENTRE LOS ATENIENSES Y LOS MELIOS

(Tucídides, V, 85-113)

La pequeña isla de Melos se negaba a intervenir en las Guerras del Peloponneso. Hizo lo posible por mantenerse neutral (era colonia de los Lacédemonios) hasta que surgió el inevitable choque con el imperialismo ateniense. En unas conversaciones previas a la devastación de la isla los Atenienses trataron de atraerse a los Melios y, en todo caso, de justificar su actitud. Tal vez Tucídides lo ha conservado en forma de diálogo para subrayar el "juego de fuerzas" de que penden las relaciones entre los Estados. Por otra parte el amor a la Libertad, del que continuamente hacen gala los Atenienses, queda aquí muy mal parado. Conviene fijar la atención en lo especioso de algunas razones que nos llevan a aquel "derecho natural" del más fuerte que luego recogerá Platón en el Gorgias (en labios de Calicles).

La opción que se deja a los débiles es entre la guerra y la esclavitud. Es natural—y lo será siempre—que el más fuerte domine y el más débil tenga que conformarse. El único refugio para éste es, dejando de lado la justicia y el sentimiento del honor, sacar de las circunstancias el mayor partido posible, porque "la justicia sólo se da entre iguales". El honor es ridículo cuando está en juego la propia salvación y pervivencia. "Queremos mandar", dicen los Atenienses. "No queremos abdicar la libertad defendida durante siglos", dicen los Melios. La justicia queda al margen: sólo importan las conveniencias, la propia seguridad. Para un pueblo fuerte y ambicioso es preferible ser odiado que tener amigos débiles. Lo razonable, lo decoroso para éstos es plegarse. Libertad, pero pagando tributo.

Los embajadores de los Atenienses, dijeron:

85.—Puesto que las conversaciones no tienen lugar ante el pueblo sin duda para que la multitud no se deje engañar al oír en un discurso ininterrumpido nuestras persuasivas e irrefutables razones (que bien sabemos que este es vuestro propósito al habernos traído ante unos pocos), proceded vosotros, los que estáis aquí reunidos, con la mayor cautela. Judgad, pues, cosa por cosa y no en conjunto, sino más bien contestando inmediatamente a lo que no os parezca

satisfactorio. Y antes de nada, decid si os place esta proposición que os hacemos.

Los representantes de los Melios respondieron:

86.—Vuestra moderación al proponer que nos informemos mutuamente con toda serenidad no es reprochable, mas es bien evidente que la guerra, que no es precisamente futura sino que ya está encima, es algo bien distinto de este gesto. Porque nos damos cuenta de que habéis venido como jueces de lo que aquí pueda decirse, y lo más probable es que el final de

este diálogo será que si, por estar la justicia de nuestra parte, vencemos y por ende no nos sometemos, tendremos guerra, y si nos dejamos vencer por vosotros, caeremos en la esclavitud.

87. ATENIENSES.—Si es que os habéis reunidos para hacer cábalas sobre el futuro o con cualquier otro fin que no sea el de deliberar sobre la salvación de vuestra ciudad a la vista de la situación presente, tendremos que callarnos; pero si habéis venido con este objetivo, hablemos.

88. MELIOS.—Es natural y comprensible que quienes están en una situación como la nuestra se muestran inquietos cuando piensan y cuando hablan. Sin embargo, esta reunión es para tratar de nuestra salvación: sea, pues, la discusión, si os parece, del modo que habéis propuesto.

89. ATEN.—Nosotros no vamos a pronunciar un discurso largo y poco convincente tratando de mostrar que detentamos el poder con toda justicia porque derrotamos a los persas o que os atacamos ahora porque nos habéis hecho mal; tampoco creemos que penséis convencernos diciendo que no os habéis unido a nosotros para luchar porque sois colonia de los Lacedemonios, o alegando que no nos habéis hecho ningún daño. Más bien debemos tratar de conseguir lo que sea posible de acuerdo con nuestros reales propósitos, ya que tanto nosotros como vosotros estamos convencidos de que entre los humanos la justicia tiene lugar cuando son iguales las circunstancias en ambos bandos, y que los poderosos hacen todo aquello de que son capaces y los débiles tienen que conformarse.

90. MEL.—Nosotros opinamos que es útil (nos vemos forzados a hablar de conveniencias y ventajas, puesto que vosotros habéis sugerido que se hable de ello, al margen de la justicia) que no anuléis el bien común, sino que el que en cualquier momento esté en peligro pueda echar mano de argumentos que, aunque no sean demasiado rigurosos, sean aceptables. Y esto hasta en interés vuestro, tanto más cuanto que, si fracasaseis, la

crueldad y dureza de vuestro castigo sería ejemplar para los demás.

91. ATEN.—Nosotros no nos desanimamos por el final de nuestro imperio, caso de que llegare a fallar, pues no son terribles para los vencidos quienes, como los Lacedemonios, mandan sobre otros (aparte de que ahora no luchamos con los Lacedemonios), sino los súbditos que atacan y vencen al país que los ha dominado. Déjesenos correr este riesgo: demostraremos que estamos aquí en interés de nuestro imperio y que vamos a hablar ahora en interés de vuestra ciudad, para que se salve; porque queremos mandar sobre vosotros sin preocupaciones ni trabajos y que vuestra salvación sea en beneficio vuestro y nuestro.

92. MEL.—Pero, ¿cómo va a ser tan útil para nosotros si hacemos esclavos como lo es para vosotros el someternos?

93. ATEN.—Porque para vosotros, antes que sufrir lo indecible, sería mejor el rendiros, mientras que nosotros ganaríamos no aniquilándoos.

94. MEL.—¿De forma que no seriais capaces de aceptarnos como amigos en lugar de como enemigos, manteniendo la paz y sin aliarnos con ninguno de los dos contendientes?

95. ATEN.—No, porque vuestra enemistad no nos daña tanto como vuestra amistad, que puede achacarse a debilidad, mientras que vuestro odio es para nuestros súbditos una prueba de nuestro poder.

96. MEL.—¿Es que vuestros súbditos consideran las apariencias de forma tal, que equiparan a quienes no tienen nada que ver con vosotros y a cuantos han sido sometidos por vosotros, la mayor parte de los cuales son colonias vuestras y otros incluso se han sublevado?

97. ATEN.—Piensan que ni unos ni otros carecen de razón, pero que los que permanecen libres es porque son poderosos y porque nosotros, por miedo, no los atacamos; de forma que con vuestra derrota, aparte de aumentar el número de nuestros súbditos, garantizáis nuestra seguridad y, además, seréis unos isleños en ma-

nos de los dueños del mar y más débiles aún que otros.

98. MEL.—¿Y no os parais a considerar la seguridad que hay en la otra alternativa? Porque, de la misma manera que vosotros, despojándonos de nuestras justas razones, tratáis de convencernos para que vivamos sujetos en beneficio vuestro, así también es menester que nosotros, insistiendo en lo que nos es útil, tratemos de convenceros por si también lo fuera para vosotros. Y es que ¿cómo no vais a convertir en enemigos vuestros a cuantos sin ser ahora aliados de unos ni de otros, al ver esta actitud vuestra, tendrán que pensar que también algún día acabaréis yendo contra ellos? Y con esto, ¿qué otra cosa lograréis sino aumentar el número de vuestros enemigos y atraeros la enemistad forzosa de quienes jamás habían pensado ponerse contra vosotros?

99. ATEN.—Es que no consideramos que sean demasiado peligrosos para nosotros quienes habitan el continente y por amor a la libertad lo pensarán mucho antes de atacarnos, sino más bien los insulares indómitos, como vosotros, y los que ya están exacerbados porque no pueden evitar una dominación. Estos son, en efecto, los que, confiándose más a lo irreflexivo, se entregarían a sí mismos y a nosotros a un evidente peligro.

100. MEL.—Entonces, si vosotros os exponéis a un peligro tan grande para no perder vuestro imperio y lo mismo los que son ya esclavos para verse libres de él es evidente que sería en nosotros una muestra de cobardía y debilidad no arriesgarlo todo, ahora que todavía somos libres, antes que esclavizarnos.

101. ATEN.—No, si es que reflexionáis con cordura; pues para vosotros no se trata—como para nosotros—de una cuestión de honrría y valor, esto es, de no caer en el deshonor, sino que se trata de que deliberéis sobre vuestra salvación, no resistiendo a quienes son mucho más fuertes que vosotros.

102. MEL.—Pero sabemos que las cosas de la guerra suceden algunas veces de una manera que no guarda

relación con la diferencia de fuerzas entre los dos contendientes. Si cedemos, perdemos de seguido toda esperanza, mientras que si resistimos, aun nos queda una esperanza de subsistir.

103. ATEN.—Las esperanzas que animan a correr un riesgo, aun cuando hagan daño, no abaten a los que por exceso de fuerzas y poder se dejan llevar de ellas; pero quienes lo ponen todo a una sola darta, como quicra que la esperanza es de suyo pródiga, sólo la conocen cuando han fracasado y no queda ya recurso alguno para precaverse de ella. Por eso vosotros, que sois débiles y no tenéis más que una sola posibilidad, no queráis que os pase eso mismo, ni os asemejéis a la mayoría, que cuando todavía pueden humanamente salvarse, al faltares en momentos de apuro los más evidentes motivos de esperanza, se entregan a los que se apoyan en lo incierto: la adivinación, los oráculos y cosas análogas que, por las esperanzas que inspiran, llevan a los hombres a la ruina.

104. MEL.—También nosotros — sabedlo bien — consideramos difícil luchar contra vuestro poder y contra la fortuna, si es que no va a ser igual para los dos. Pero a pesar de todo, tenemos confianza en que, gracias a los dioses, no será mala nuestra suerte: porque somos justos que resisten a quienes no lo son; y confiamos en que la alianza de los Lacedemonios compensará lo que nos falta de preparación, ya que forzosamente han de ayudarnos, si no por otras razones, al menos por ser de la misma raza y por sentido del honor. Por eso nuestra osadía no es por completo ilógica.

105. ATEN.—Tampoco nosotros nos creemos en situación de inferioridad por lo que a los dioses se refiere. Pues no pedimos ni hacemos nada que se aparte de lo que los hombres piensan de los dioses ni de lo que los hombres quieren para sí mismos. Creemos que los dioses—de los hombres bien seguros estamos de que así es—, por exigencia de su naturaleza, imperan siempre sobre aquellos a quienes superan. Y esta ley ni la hemos establecido nosotros, ni hemos

sido los primeros en servirnos de ella, sino que así la hemos encontrado, la hemos aplicado y subsistirá para siempre, convencidos como estamos de que vosotros y cualquier otro, si estuvierais en la misma situación que nosotros y tuvieseis el mismo poder, haríais exactamente lo mismo. Por lo que se refiere a los dioses, no tememos quedar en peor lugar. Y en cuanto a vuestra opinión de que los Lacedemonios vendrán en vuestra ayuda por sentido del honor, admiramos vuestra ingenuidad, pero no envidiamos vuestra insensatez. Los Lacedemonios, en efecto, proceden de acuerdo con la virtud cuando se trata de ellos mismos o de las instituciones de su propio país; pero de cómo se comportan con los demás, se podrían decir muchas cosas, pero, para resumir, se podría decir que de todos los pueblos que conocamos, ellos, más que nadie, consideran honesto lo que les agrada y justo lo que les conviene. Y tal manera de pensar no conviene a vuestra salvación, ahora tan fuera de razón.

106. MEL.—Por eso mismo confiamos mucho en que por propia conveniencia no querrán traicionar a los Melios, colonia suya, y hacerse indignos de la confianza que tienen en ellos los griegos que les son adictos y hacerse, al mismo tiempo, útiles para sus enemigos.

107. ATEN.—Entonces es que no creéis que sólo es útil lo que es seguro, mientras que lo justo y lo honesto entrañan peligro, cosa que los Lacedemonios rara vez se atreven a hacer.

108. MEL.—Más bien creemos que, por causa nuestra, aceptarán con más gusto los peligros porque considerarán que son menos expuestos que los que han arrojado por otros, tanto más cuanto que estamos cerca del Peloponeso para el caso de que hubiera que intervenir y, si se trata sólo de la manera de pensar, la comunidad de raza nos hace más dignos de crédito que otros.

109. ATEN.—Pero para los que van a luchar juntos, lo que inspira confianza no es la buena voluntad de los que piden ayuda, sino la supe-

rioridad militar que poseen. Y esto lo miran los Lacedemonios más que otros (y es precisamente porque desconfían de su propia preparación por lo que atacan a sus vecinos con gran número de aliados), de suerte que no es probable que hagan la travesía hasta una isla siendo nosotros dueños del mar.

110. MEL.—Pero podrían enviar a otros; el mar de Creta es tan grande que resulta más difícil que los que lo dominan capturen un navio enemigo, que el que se salven los que quieren burlar su vigilancia. Y si en esto fracasaren, podrían dirigirse a vuestro país y contra los aliados vuestros a los que no llegó Brasidas, y entonces tendréis que preocuparos no tanto por una tierra que nada os importa como por vuestros propios aliados y por vuestro propio territorio.

111. ATEN.—Cualquiera de estas contingencias nos cogiera preparados y sería para vosotros la confirmación de que los Atenenses jamás se han retirado de un solo asedio por miedo a otros enemigos. Mas ya nos damos cuenta de que después de haber dicho que ibais a deliberar sobre vuestra salvación, no habéis expuesto en esta larga discusión ni un solo argumento que pudiera despertar la confianza de los hombres y les hiciese creer que se iban a salvar, sino que, por el contrario, vuestras más firmes esperanzas de salvación se van demorando y lo que en la actualidad tenéis es poco para sobrepujar lo que ya está dispuesto contra vosotros. Pero os mostraréis una gran ceguera de pensamiento si, al retirarnos, no decidis algo más prudente que esto. Pues seguramente no os acogereis al sentimiento ese de vergüenza que las más veces arruina a los hombres en los graves y evidentes momentos de peligro: que aun a muchos que suelen prever a dónde van, el llamado deshonor, con el hechizo de su nombre, los arrastra, vencidos por obra de esta palabra, a caer voluntariamente en desgracias insoportables, consiguiendo con su insensatez un baldón mayor que si hubiera sido por puro azar. Guardaos vosotros de esto

si es que tenéis buen sentido y no consideréis indecoroso ser vencidos por la ciudad más poderosa, que no os pide sino cosas razonables, como ser el haceros aliados y tributarios, bien que conservando vuestro propio territorio. Y cuando se os ofrece una alternativa entre la guerra y la seguridad, no escogáis el peor partido: que quienes no ceden ante los iguales, se comportan razonablemente con los más poderosos y son moderados con los que valen menos que ellos, éstos prosperan casi siempre. Examinad la situación y, una vez que nos hayamos retirado, pensad repetidas veces que estáis deliberando sobre vuestra patria, que es una sola, y que con una sola decisión será feliz o desgraciada.

112.—*Los Atenienses se retiraron de la Conferencia; y los Melios, al quedarse solos, se ratificaron en su anterior opinión contra los Atenienses, y respondieron:*

Ni opinamos de manera distinta que antes, ni vamos a privar de su

libertad en poco tiempo a una ciudad que está habitada hace setecientos años. Intentaremos salvarla confiando en la ayuda de los hombres y también en la fortuna que, gracias a los dioses, la ha salvado hasta ahora. Os proponemos ser amigos vuestros y no enemigos de ninguna de las dos partes, y que os retiréis de nuestro territorio después de concertar las treguas que nos parezcan a unos y otros convenientes.

113.—*Esto contestaron los Melios. Los Atenienses, abandonando ya las conversaciones, dijeron:*

A la vista de estas decisiones nos parece que sois los únicos que consideran más cierto lo futuro que lo que está ante los ojos, y que, movidos por vuestro deseo, contempláis lo incierto como si estuviera ya realizándose; y como os habéis confiado por entero a los Lacedemonios, a la fortuna y a vuestras propias esperanzas, seréis plenamente derrotados.

*(Traducción de
Jesús Lérída Domínguez.)*